

¿SLAVOJ ŽIŽEK TRÁGICO? A PROPÓSITO DE UNA NUEVA ANTÍGONA

TRAGIC SLAVOJ ŽIŽEK? ABOUT A NEW ANTIGONE

Francisco Javier AVILÉS JIMÉNEZ*
Universidad de Castilla la Mancha.

RESUMEN: Hipótesis sobre el sentido trágico, o la posible interpretación trágica, de dos de los principales supuestos conceptuales en la filosofía de Slavoj Žižek: sujeto e ideología. Se trata de algunos de los argumentos transversales en la poliédrica obra del afamado filósofo esloveno y son esenciales para una mínima visión de conjunto de su pensamiento. Para reforzar e ilustrar esa hipótesis trágica en la obra de Žižek, comentaremos una obra suya reciente: *Antígona* (2017). Una versión con una clara intencionalidad ético – política de la tragedia de Sófocles que, además, confirma esa pulsión trágica que subyace y unifica en cierta medida el proyecto filosófico de Žižek.

PALABRAS CLAVE: Literatura, Tragedia, Sujeto, Ideología, Política.

ABSTRACT: This paper proposes a hypothesis about the tragic sense, or the possible tragic interpretation, of two of the main conceptual assumptions in the philosophy of Slavoj Žižek: subject and ideology. These are some of the transversal arguments in the polyhedral work of the famous Slovenian philosopher and are essential for a minimum overall understanding of his thinking. To reinforce and illustrate this tragic hypothesis in Žižek's works, we will discuss his recent work *Antigone* (2017). This is a version of the tragedy of Sophocles with a clear ethical-political intentionality that confirms the tragic drive that underlies and unifies Žižek's philosophical project to a certain extent.

KEYWORDS: Literature, Tragedy, Subject, Ideology, Politics.

* Profesor asociado de la Facultad de Educación de Albacete. Plaza de la Universidad 3, Edificio Simón Abril, 02071 Albacete. franciscoj.aviles@uclm.es

1. Introducción

Para Aristóteles, el prototipo de tragedia era *Edipo Rey* de Sófocles, más por razones formales que de contenido (*Poética* 1453b 5). Pero, a pesar de su importancia paradigmática para el psicoanálisis, la modernidad siempre ha leído con mayor agrado *Antígona*, también de Sófocles. Hegel da buena cuenta de este *sorpasso* de *Antígona* respecto a *Edipo*: «De todo lo que de exquisito hay en el mundo antiguo y moderno —y lo conozco casi todo, y debe y puede conocerse— la *Antígona* se me aparece por este lado como la obra más excelente, la más satisfactoria» (*Lecciones sobre la estética*, 1989: 871). También habrá quien defienda que las razones aducidas por Aristóteles en favor de *Edipo* y las de Hegel, partidario de *Antígona*, son perfectamente intercambiables (cfr. Kaufmann, 1978: 15).

De esta preferencia moderna por *Antígona* informa la obra muy documentada y sumamente intuitiva de George Steiner, *Antígonas* (1987). Más reciente y dedicando un capítulo al propio Žižek, en *Interpretando Antígona* (Llavadot y Revilla 2015) se actualiza la numerosa nómina de versiones, formatos e interpretaciones de esta tragedia que data muy probablemente del año 442 AdC¹. En *La muerte de la tragedia* (2012: 12) Steiner incluye Antígona entre las tragedias griegas que transmiten la metafísica de la desesperación. Pero no es la cuestión existencial por la que Antígona reina en el cielo moderno de la tragedia, sino por su valor ético y su significado político: la libertad y la rebelión frente al poder. Steiner cita estas motivaciones socio-políticas como otras tantas causas de su atractivo moderno: el descubrimiento por parte de la Revolución Francesa del papel de la mujer en la liberación de los pueblos, así como la propuesta de una conexión vital entre lo público y lo privado, la «historización de lo personal» (Steiner, 1984: 20-22) Y concluye premonitorio: «Nuevas “Antígonas” están siendo imaginadas, concebidas, vividas ahora; y lo serán mañana» (1987: 228) y entre ellas, también ésta de Žižek.

Y es que, en 2015, el autor esloveno Slavoj Žižek (Ljubljana, 1949) publicó una versión de *Antígona*, publicada en español en mayo de 2017, que explicita y ejemplifica la presencia de lo trágico en su pensamiento como enfoque integral y direccional. Del interés por Antígona y su presencia ya en *Sublime objeto de la ideología* nos informan L. Llavadot y C. Revilla (2015: 2015ss). Más insistente y

¹ Cfr. A. Leski (2001: 202); L. Canfora (2018: 173).

preludiando su propia reescritura como arriesgada asunción del clásico sofócleo, en *Menos que nada. Hegel y la sombra del materialismo dialéctico* (edición original de 2012, publicada en español el año 2015) ya hablaba de la posibilidad de concebir, aparte de la Antígona “modernista” de Kierkegaard, una Antígona “postmoderna, con un giro estalinista” (2015: pos. 2199). También nos hizo una auto recensión de los tres finales que postula para su Antígona en *Contragolpe absoluto. Para una refundación del materialismo dialéctico* (2016: pos. 3318-3345), si bien en las ediciones españolas sería un *spoiler*, pues esta obra apareció antes que la traducción de *Antígona*.

En un conocimiento panorámico, por difícil que tal cosa sea tratándose de Žižek, de las principales tesis de nuestro autor, hay al menos dos líneas de desarrollo que implican un enfoque afín al de la categoría de lo trágico, entendida en su acepción hegeliana como estructura dialéctica fundamental y universal. En primer lugar está la cuestión del sujeto y la crítica del historicismo como paradigma de una modernidad post-marxista, valga decir postmoderna, al que nuestro autor quiere buscarle las vueltas por su impostura filosófica y su cinismo político. Hemos de decir que la reflexión crítica sobre el sujeto es un rasgo común de la Escuela Eslovena o Escuela del Psicoanálisis de Ljubljana (Felip López-Espinosa, 2013; Gómez Camarena y Aguilar Alcalá, 2020). Y dicha reflexión se hace en diálogo con el idealismo alemán y el psicoanálisis de Lacan, si bien éste politizado.

En segundo lugar, dentro de la teoría política de Žižek, también con un efecto trágico se aborda el problema de la ideología, como marco fantasmagórico, perteneciente al orden de lo simbólico, pero que afecta a nuestra posición sobre la realidad (no solo como mala conciencia, ni como conocimiento, sino sobre todo como acción no menos cómplice por ignorante). Posición que hace naufragar las luchas progresistas de una izquierda, de nuevo postmoderna, amén de ilusa por creer que hay un mundo y un sujeto allende la propia ideología. Luego también se tiñe de un aura trágica la oposición beligerante al capitalismo global, que debiera ser el verdadero enemigo al que enfrentarse para una izquierda que ha despertado del sueño de la ideología sin sujeto trascendental, pero cuya derrota, a través de la revolución abandonada, exige sustraerse a la tácita aceptación del sistema capitalista como realidad única. Además de la ideología y el capitalismo, otro argumento de la teoría política de Žižek que tiene un sesgo trágico es su diagnóstico y pronóstico sobre la democracia, que para ser tal tiene que radicalizarse (la «democracia radical» de Ernesto Laclau) por la vía de la revolución contra las democracias liberales, en realidad pseudodemocracias, por ser parte

del capitalismo y estar, sabiéndolo o no, siendo imbécil, tonto o estúpido (2015: «Introducción. *Eppur si muove*»), a su servicio.

2. Lo trágico, acotación terminológica

Precisemos en qué sentido entendemos aquí la tragedia y lo trágico. Para ello partimos de una de las definiciones de lo trágico de Hegel, en sus *Lecciones sobre la estética* (1989: 857), por la influencia decisiva que, además de Lacan, Marx y otros, incluido san Pablo, tiene también en Žižek:

Ahora bien, lo originariamente trágico consiste en el hecho de que en el seno de tal colisión ambos aspectos de la oposición, tomados para sí, tienen *legitimidad*, mientras que por otra parte pueden llevar sin embargo a cumplimiento el verdadero contenido positivo de su fin y de su carácter solo como negación y *violación* de la otra potencia, igualmente legítima, y así mismo incurren por tanto en *culpa* en y por su eticidad².

Para especificar la afinidad de la categoría trágica con la orientación de algunas de las principales líneas del pensamiento de Žižek y fundamentar la opción por la definición hegeliana como criterio delimitador de lo trágico, conviene calificar esa influencia de Hegel en orden a la idea lo trágico. Si a Hegel dedicó su tesis doctoral, ha querido después, en *Menos que nada. Hegel y la sombra del materialismo dialéctico*, completar su interés por el filósofo de Jena con un trabajo de asunción (*Aufhebung*) en el más hegeliano de los sentidos, que no supone mera aceptación, sino superación por el ejercicio de radicalizarlo o, como dice él «repetir Hegel, pero desde Lacan». De hecho, le parece que Hegel es eminentemente trágico porque su idea de reconciliación o síntesis dialéctica está abocada al fracaso, por cuanto no hay más superación de los antagonismos que la necesaria aceptación de su inevitabilidad, su lógica sería la de la tragedia (2015: VII «Los límites de Hegel»).

Su visión, pues, del sujeto y de la ideología tienen en común una concepción radicalmente dialéctica y en cuanto dialéctica, decimos nosotros, trágica: antagonismos constitutivos e irresolubles, sin una síntesis posible. Aquí es donde Hegel, y no Nietzsche, es más fiel a la entraña irreconciliable de la estructura

² Cfr. P. Szondi (2011: 265).

dialéctica de la realidad humana (Castro-Gómez, 2015: 37; 56-59). Y por dicha fidelidad al dinamismo dialéctico, que no acepta componendas que diluyan su parte de contraposición, ni Hegel, ni Žižek, fondean en el nihilismo, sino en la aceptación de esa tensión irresoluble que, en definitiva, es trágica. Es más, que constituye el elemento definitorio de lo trágico.

Por eso podríamos apuntalar tanto la definición hegeliana de tragedia, como el carácter trágico del pensamiento de Žižek, con otra definición más concisa de lo trágico: «Cabe considerar la estructura dialéctica como criterio válido para definir lo trágico» (Szondi, 2011: 306). Y si esto nos parece demasiado vago, el teórico del drama precisa que la dialéctica (y con ella lo trágico) designa «las siguientes circunstancias y procesos: unidad de contrarios, mutación de lo uno en su contrario, negación de sí mismo, escisión» (2011: 253, nota 13). Dentro de este marco conceptual consideraremos la validez de una interpretación trágica de Žižek, conscientes de que podría abordarse también desde otras perspectivas de su amplia y compleja obra.

Dicha interpretación ya ha sido defendida por Santiago Castro-Gómez, quien titula el apartado conclusivo del primer capítulo de su estudio sobre Žižek: «El renacimiento de la tragedia» (2015: 52-61). Se trata del capítulo sobre el sujeto, pero la conclusión respecto al sentido trágico de la filosofía de Žižek afectaría a toda su filosofía política, que incluye como presupuesto el planteamiento anti-historicista de un sujeto trascendental, pero trascendentalmente vacío, carente de contenido: «su tesis básica... es que tanto el sujeto como la realidad misma están marcados por una falta constitutiva, por una grieta ontológica que jamás podrá cerrarse» (Castro-Gómez, 2015: 52).

Si el sujeto se mueve sobre un vacío, la política es la pretensión de un medio para dotarle de un firme que, sin embargo, también carece un fundamento último, por lo que habrá de ser irremediablemente parcial, transitorio y, por lo tanto, también insatisfactorio. Lo auténticamente trágico es que el antagonismo provocado por la carencia del ser del sujeto y la imposibilidad de una fundamentación absoluta de la política, son constitutivos del sujeto y de la mediación política: no hay política sin tragedia. Lo cual, sigue concluyendo Castro-Gómez, no es una condena a la resignación, «no se nos pide aceptar pasivamente nuestro destino trágico sino ser consecuentes con él; pues la tragedia conlleva también un llamado a la acción» (Castro-Gómez, 2015: 53). Otra cosa será si nuestros actos puedan, que va a ser que no, hacerse cargo de la realidad, de lo real, de lo Otro.

Esto supone, entre otras cosas, reconocer la inevitabilidad del mal; aceptar igualmente el antagonismo intrínseco a la realidad política y luchar contra el capitalismo, poderosa maquinaria anti-trágica. Porque es de justicia reconocer que aunque el sino de la concepción moderna y postmoderna del sujeto y de la ideología sea trágico, lo que él llama la suspensión política de lo ético, Žižek no cejará en hacer propuestas filosóficas y políticas que supongan, cuanto menos, el reconocimiento de dicho *fatum* para corresponderle con el compromiso y la acción, algo que ilustra paradójicamente al final de *Menos que nada* con una cita de G. K. Chesterton: «las causas perdidas son exactamente aquellas que podrían haber salvado el mundo».

3. Un sujeto eternamente insatisfecho

Lo más interesante del sentido trágico que tendrían tanto la ontología del sujeto como la teoría política de Žižek es su comprensión positiva, afirmativa, de la tragedia. Es cierto que una vertiente de lo trágico del carácter carencial del sujeto y de la interna co-implicación entre ideología y capitalismo, radica en su necesidad, en su constitutiva problematicidad. Pero no es menos cierto que, para Žižek, lo verdaderamente trágico no es la inevitabilidad del antagonismo, sino que, solo aceptándolo, sin pretender disolverlo, tendrá el enfrentamiento el valor humano de la verdad. En términos lacanianos, solo aceptando dicha necesidad, la del rigor implacable de la insatisfacción que rige el deseo, saldremos, si no victoriosos, al menos conociéndonos mejor: «en la medida en que todo esto es experimentado en desarrollo temporal de la historia, el sujeto sabe un poquito más que antes sobre lo más profundo de él mismo» (Lacan, 1988: 384).

La ontología política del sujeto que propone Žižek se basa en no pocos elementos del psicoanálisis estructuralista de Lacan. Pero, una vez más, la lectura que Žižek hace de Lacan no concluye en el nihilismo (Castro-Gómez, 2015: 34). Es cierto que asume la negatividad como una conclusión consecuente con el vacío que constituye el sujeto a partir del esquema lacaniano: lo real, lo simbólico, lo imaginario. En este esquema, el sujeto desea una realidad inalcanzable, siempre mediada por lo simbólico (que sería como el superego freudiano) y al que solo accede por la construcción de un goce imaginario, sustitutivo, fantasioso, el «Objeto a». Pero en su recuperación del sujeto trascendental, antes de Lacan, Žižek comienza por Descartes, del que extrae la idea del sujeto dividido

precisamente por la duda que supone el hecho de pensar, y no solo por la certeza de ser el sujeto pensante.

Luego, Žižek está contra la muerte del sujeto que preconizaron autores como Foucault, pero tampoco está por la absolutización de un sujeto auto-fundante. Y, así, lo que caracteriza al sujeto es la carencia ontológica, el vacío, la negatividad. O, como lo denomina en *Menos que nada* (2015: pos. 256) «la fractura / brecha pretrascendental, el nombre freudiano para la pulsión; esta dimensión designa el núcleo mismo de la subjetividad moderna». Pero, no obstante, por su afirmación del valor de reconocer esta condición contradictoria o antagónica, no resulta una visión nihilista, sino trágica. Todo esto, un servidor lo vería mejor acompañado por *Edipo* y su trágica ascensión y descenso hacia el conocimiento de uno mismo, pero ahora reina *Antígona*.

Esta apretada conclusión de la visión del sujeto que se deduciría del juego —no solo lingüístico— entre las dimensiones simbólica, imaginaria y la realidad, bien pudiera ser una definición de la tragedia y su heroica víctima, que aquí ya no sería un individuo particular sino la condición misma del ser humano. De hecho, coincidiría plenamente con una de las tres vertientes en las que el reputado experto de la tragedia griega Albin Lesky (2001) concentra las múltiples respuestas a lo que él llama «el problema trágico», concretamente la «visión radicalmente trágica», la cual concibe «el mundo como sede de la destrucción incondicional de fuerzas y valores que necesariamente están en pugna, destrucción sin solución y no explicable por ningún sentido trascendente» (Lesky, 2001: 51).

La otra vertiente, la que él designa «conflicto trágico absoluto» se diferenciaría en que no afecta a la concepción total del mundo, sino a un conflicto concreto que sí podría tener una solución en otro plano más general o universal. Y, en tercer lugar, habla Lesky de la «situación trágica» en la que tampoco la falta de solución tiene por qué ser definitiva. Luego, la dirección a la que apunta la antropología psicoanalítica de Lacan, y en su órbita la concepción de sujeto de Žižek, coincide casi literalmente con la definición de la «visión radicalmente trágica» de la vida y el ser humano. Sea como brecha, herida, fractura, fracaso, términos que abundan sobre manera en *Menos que nada*, el sujeto no representa ni logra la superación de la contradicción dialéctica en que consiste propiamente su propia esencia, él mismo es esa negatividad. Con Hegel y no con el budismo: «el problema no es “cómo superar la separación”, ya que la separación representa la subjetividad, la fractura de la negatividad, y *esta negatividad no es un problema*

sino una solución» (2015: pos. 2821). Pero la solución no es síntesis ni superación de los polos opuestos, sino la aceptación de que no hay salida y esta, y no otra es la solución: «la reconciliación hegeliana contiene una nota de resignación: hay que reconciliarse con el exceso de negatividad como un fundamento positivo o condición para nuestra libertad» (2015: pos. 13068).

4. La política es la tragedia: “everybody knows” o lo trágico de la ideología

En *El Capital*, a propósito de la concepción fetichista de la mercancía, del producto del trabajo y de la relación del trabajador con ella, Marx había sentenciado la ideología como ignorancia: «ellos no lo saben, pero lo hacen». Sería una falsa —y mala— conciencia por la que, a pesar de sus consecuencias alienantes, los propios trabajadores lo son al servicio de lo que les explota, y éste sería el logro y la finalidad de la ideología. Como en la canción de Leonard Cohen, «That’s how it goes... Everybody knows» y ese es el cinismo que caracteriza la ideología autoconsciente del capitalismo. Y «la cosa», lo real, lo otro (en sentido lacaniano), está a salvo de toda oposición o refutación que nazca del hecho de saber que «así va». Esta es la trampa de esa hormiga león que sería la ideología.

Además de la consabida herencia marxista y su aplicación del psicoanálisis lacaniano, encontramos en Žižek un diálogo directo y muy productivo con las teorías sobre la democracia radical de Ernesto Laclau (quien, por cierto, prologa la edición española de *Sublime objeto de la ideología*) y Chantal Mouffe (1987). Y tan importantes como sus influencias e interlocutores son aquellos a los que se opone con no menos intensidad con la que hace suyas las consignas de la izquierda leninista: los postmodernos, tanto teóricos como activistas. Frente a ellos, la teoría política de Žižek reivindica la universalidad escamoteada por el particularismo historicista de los partidarios del fragmento, la pluralidad de sentidos y la fragilidad de la razón. De ahí la polémica posición crítica que adopta frente a las reivindicaciones feminista, ecologista y anti-xenofobia, no porque esté contra ellas, sino porque distraen del fin verdaderamente importante, que es la lucha contra el capitalismo, al que, de un modo implícito, estas luchas dan por supuesto y acaban por aceptar como incuestionable.

Moviéndose en el espacio triangular del análisis lacaniano (lo simbólico, lo imaginario, lo real), la ideología está condenada a ser una fantasmagoría, pero eso

sí, harto pegajosa por no decir inmune a todo intento de escapatoria. Fantasía que encubre lo real y desconfigura lo imaginario, la ideología, más que un espejismo es la trampa perfecta para la irresponsabilidad social. *El sublime objeto de la ideología* (1989) es la primera publicación de Žižek, pero la preocupación reflexiva sobre la misma es transversal a toda su obra. De hecho, su ontología del sujeto en buena medida cumple la función de fundamentar la propuesta de recuperación del concepto de ideología. Para ello, parte de una denuncia: la postmodernidad, que pretendía, con Foucault al frente, proclamar la muerte de la ideología, no es sino precisamente la ideología del capitalismo global. Frente a la muerte postmoderna de la ideología, Žižek considera que a partir de Kant hay que reconocer que el sujeto vive siempre en un mundo ideologizado por el carácter trascendental de la propia mediación subjetiva, luego lo ideológico no es una opción ni un accidente, es un auténtico «trascendental». (S. Castro-Gómez, 2015: 28; y todo el capítulo 2º).

¿Y dónde asomaría el sentido trágico en esta propuesta de ideología? En su misma raíz, que no es otra que el vacío que el propio sujeto es y por el que la ideología tiene la irreal consistencia de la fantasmagoría. La ideología, al contrario de lo que pensara Marx y en línea, una vez más con Lacan, no es una falsa conciencia de la realidad, ni siquiera una falsa conciencia inducida por el poder dominante. Es una ficción, pero como tal pertenece al orden lacaniano de «lo simbólico», mediación insustituible con «lo real». Y tiene una función inevitable, ayudarnos a relacionarnos con la realidad a través de la imagen que de ella nos hacemos, pues su carga de negatividad (tanto por la vía del vacío del sujeto como de la configuración de la misma realidad como imagen que nos hacemos) sería insoportable. Necesitamos, pues, la ideología y no podemos evitar que sea siempre irrealizable, como inalcanzable es el goce al que, sin embargo, no podemos renunciar: «El nivel fundamental de la ideología no es entonces el de una ilusión que enmascare el estado real de las cosas, sino el de una fantasía (inconsciente) que estructura nuestra propia realidad social» (S. Castro-Gómez, 2015: 78)

Como suele ocurrir con todo lo que sea susceptible de lo trágico, la ideología lo es por partida doble, a la ida y a la vuelta. Porque la vía no ideológica en el sentido marxista para superar el efecto negativo (valga decir *alienante*) de la ideología requiere «more lacaniano» reconocer la ficción («atravesar el fantasma»), asumir la decepción de sus falsas promesas de satisfacción, de la que la ideología no es sino un «síntoma» y «transferir» nuestras ilusiones defraudadas a otra imagen, que tampoco será real ni plenamente satisfactoria, pero que, al menos, será consciente

de no serlo. Sería algo así como la *kathársis* por el reconocimiento (anagnórisis) de la tragedia griega. En esto radicaría también lo trágico del concepto de revolución y democracia que, como parte de la ideología, es frustrante saber que si sus oponentes (el capitalismo y la democracia liberal, con su ideología postmoderna) no lograrán nuestro goce más pleno, tampoco lo conseguirán estas otras imágenes de la realidad, porque son también ficción (otra versión del «gran Otro»), por más justas y verdaderas que nos parezcan.

5. *Antígona* o la ética imposible

Como testigo del sesgo trágico de Žižek contamos, además, con una versión de *Antígona* (2017). Žižek se incorpora así a una larga saga de versiones de esta tragedia de Sófocles. El autor explica en la introducción que sigue fielmente el hilo de la tragedia de Sófocles, pero al llegar a la confrontación decisiva entre Antígona y Creonte abre tres finales posibles. Con anterioridad, el autor ya había empleado Antígona como ejemplo para la izquierda progresista. En *El espinoso sujeto*, Žižek argumenta, siempre con Lacan al fondo, contra la interpretación feminista de Butler del sacrificio de Antígona como un modelo de acción performativa, «un desplazamiento repetitivo».

Por el contrario, para Lacan, Antígona con su transgresión del orden simbólico asume una especie de muerte que expulsa de dicho orden a la heroína. «¿No es esta la tesis de la lectura lacaniana de *Antígona*? Antígona arriesga toda su existencia social... con lo cual “cae en algún tipo de muerte” (es decir soporta una muerte simbólica, su exclusión del espacio simbólico)» (Žižek, 2001: 281) De este modo, Antígona llevaría a cabo el acto ético por excelencia, tal y como ya lo había señalado Lacan (1988). No en vano, Žižek alude en numerosas ocasiones al seminario que Lacan le dedicó a esta figura femenina trágica (Castro-Gómez, 2015: 165). Este carácter modelico de Antígona lo retoma para valorar el aspecto sacrificial que comporta la acción política y la comunidad social misma.

Puede, pues, que no sea este el motivo fundamental de la preferencia de Žižek por Antígona, pero si la influencia de Lacan es tan alargada como ya se ha dicho, algo puede haber tenido que ver la atención que el psicoanalista francés le dedicara a dicha tragedia en su VII seminario (1959-1960), «La ética del psicoanálisis» (Lacan, 1988). En esa misma línea, la tradición lacaniana ha estudiado y señalado también la *Antígona* de Hölderlin como un prototipo para

su trabajo analítico (Steiner, 2000: 85). Y es que, para Lacan, en *Antígona* se trata de la esencia misma de la tragedia. Pero es que en la siguiente sección de la edición de este seminario lacaniano se aborda «la dimensión trágica del psicoanálisis», que parte de la conciencia que tiene el propio psicoanalista de no saber qué hace realmente con el psicoanálisis, pero que se hace estructural o antropológica cuando se refiere a la imposibilidad de cumplir plenamente el deseo, hasta llegar al extremo más inquietante de que el deseo, por el hecho de serlo, transgrede los límites y es esencialmente amoral, como también lo sería la tragedia (Lacan, 1988: 384).

Sea por la influencia de Lacan o por el sesgo trágico que tienen algunos supuestos del pensamiento de este autor, de los que hemos citado ya dos fundamentales, su «*Antígona*» requiere nuestra atención para abundar y verificar la hipótesis de un Žižek trágico. En la introducción se citan múltiples y variadas influencias que le alimentan o inspiran, desde películas, óperas y, de un modo más directo, la propuesta de una *Antígona* moderna de Kierkegaard, así como las obras de Paul Claudel. También se rinden cuentas de algunas discrepancias en la interpretación de este argumento trágico, concretamente las que ofrece Judith Butler frente a Hegel y Lacan, por parecerles que acaban por aceptar lo irremediable de los conflictos parentales, de género y poder que representa la postura de *Antígona*.

El novel tragediógrafo esloveno manifiesta claramente la intención de su versión de la heroína labdácida: «No pretende ser una obra de arte, sino un ejercicio ético-político» (Žižek, 2017: 41). Y, sobre la base de que una obra clásica, lo es por su carácter de apertura y continua reinterpretación, resuelve dicho ejercicio con un triple final, inspirándose, dice el autor, entre otras, en las obras didácticas de Bertolt Brecht. Pero este final abierto a tres posibilidades no escamotea la elección de su autor: «Mi premisa es que esta solución escénica nos enfrenta con una *Antígona* de nuestros tiempos, que nos lleva a abandonar sin contemplaciones la simpatía y la compasión por la heroína, convirtiéndola en parte del problema y proponiendo una salida que nos saque de nuestra complacencia humanitaria» (Žižek, 2017: 40).

Desde su arranque con la intervención del Corifeo (Žižek, 2017: 45-47) vemos una paradójica tensión entre rasgos de un destino supuestamente inmovible y el azar expresado con los dioses jugando a los dados. Esta tensión se expresa, por un lado, en que hagan lo que hagan los héroes «yerran sin remedio» y acaban por remover todavía más el cenagal de la existencia. Otro elemento

que se apuntaría a la necesidad de lo inamovible, aunque Ismene precisará que no deja de ser una elección, es el de la razón que motiva la desobediencia de Antígona, «el amor verdadero», que «no es un sentimiento que cambia a cada paso. Firme como una roca, no sabe de vaivenes, incólume resiste a todas las presiones» (Žižek, 2017: 49). Por el otro lado de esta tensión, además del juego de azar cósmico, Žižek se apunta metafóricamente a la idea de los mundos paralelos o, remedando a Borges, del jardín de los senderos que se bifurcan: «al contar el relato de la vida de un hombre, / vemos que en muchos puntos podía haber tomado / un camino distinto», razón por la cual, «obtenemos una serie de historias que corren paralelas, una encima de otra» (Žižek, 2017: 45-46).

Por esta multiplicidad de posibilidades existenciales el autor nos ofrecerá, como en los cuentos interactivos con finales múltiples y opcionales, sus tres variantes para el desenlace de la tragedia. Como reconocerá en *Contragolpe absoluto* para este final triple se inspira en *Jasager*, *Neinsager* y *Jasager 2* de Brecht (2016: pos. 3319). Y también nos informa de que su intención sería que las tres derivaciones conclusivas se vieran no como alternativas sino como partes de una proto-tragedia perdida. No obstante la aparente flexibilidad del final abierto persiste algo de lo irreversible propio de la tragedia, y es el propio caos en que consiste la vida humana y su pertinaz resistencia a dejarse apaciguar cuando los actos se enfrentan entre sí y generan el interrogante de su significado, máxime cuando se refiere a su valor ético.

La primera alternativa (Žižek, 2017: 66-76) es la clásica, la que nos refiere Sófocles, en la que la protagonista es reconocida como tal por el coro y como tal muere condenada por Creonte. Pero, ya en esta primera variable, el autor «cuela» el dictamen negativo que se aleja del reconocimiento de la heroicidad de Antígona por su fidelidad persistente. Así, en los argumentos de Hemon vemos preanunciada la condena de la última variable, aquella que allí proclamará el coro como representante de su propia voluntad y que es la interpretación que, entre otros asume Castoriadis: «No permitas, por tanto, que solo un pensamiento / ocupe tu cabeza, convenciéndote al cabo / que la razón te alumbra solo a ti» (Žižek, 2017: 68). Ese «solo un pensamiento» es el reverso irracional del reconocimiento ilustrado de la pluralidad de razones... algo muy alejado de la crítica que hemos visto hacia Žižek a la izquierda postmoderna. Fanatismo es lo que quiere decir Hemon y lo que no dice, pero lo piensa, nuestro autor.

En el segundo desenlace posible (Žižek, 2017: 76-81) no cree ni Žižek ni nadie. Ahora Creonte es un gobernante más flexible de lo que se muestra en el

original de Sófocles y, convencido por las razones de Antígona y los consejos de Tiresias, opta por absolverla de la pena capital. Sería un uso magnánimo del poder, pero también la demostración de que solo suya es la prerrogativa. Aquí no hay una irrupción democrática. No en vano, a Creonte lo que le inspira dudas es el peso de la responsabilidad que, sin embargo, es intransferible: «Jamás me libraré de esta carga ni a otro / mortal podré jamás traspasarla» (Žižek, 2017: 78). Ahora, el chivo expiatorio es el propio poder, cuya violencia es ejercida como un sacrificio. Y se enreda la madeja, pues parece que es una maldad independiente del poder, la que hace injusta la justicia del gobernante: «Perversa es la maldad que parece regirse / por el solo deseo de cumplir la justicia» (Žižek, 2017: 81). Con todo lo cual, la repentina misericordia de Creonte se convierte en un auténtico *deus ex machina* que no sabemos de dónde viene, ni qué aporta al dilema entre las leyes en colisión que representan Antígona y Creonte.

Por último, tenemos una tercera opción (Žižek, 2017: 81-98), al menos por esta vez, porque no descartaría que nuestro prolífico autor se descuelgue con otra versión y unas cuantas variables más para el final de Antígona. En este caso, ambos contendientes y sus razones, Antígona y Creonte, son condenados a muerte por el coro. Hay una defensa de la democracia como antídoto contra el caos y el destino: «Como el poder refuerza todos esos excesos / no debe gobernar jamás un hombre solo: / la colectividad ha de ser quien gobierne» (Žižek, 2017: 96). Y se otorga al vínculo entre iguales una fuerza mayor que el destino. Pero, ¿disuelve esta opción la tragedia? Todo acaba con la necesidad de tomar una decisión, que era el punto inicial de toda tragedia, pero que, por cabal que sea, solo será una tregua: «Sin que nada suceda, cuando solos estamos, / nos asalta de pronto el rumor de la vida, / y en ese instante mismo, las personas cabales / adoptan un propósito y al caos ponen demora» ...

En nuestra opinión, tal vez lo más trágico de esta Antígona zizekiana sea precisamente esa proliferación de finales y su implícita legitimidad, porque al anti-postmoderno que es Žižek le ha salido una vena fragmentaria y polivalente que más les cuadra a los de la “modernidad líquida” que, al defensor a ultranza de una verdad última, la de que somos irremediablemente insaciables. Porque, al menos nuestro autor había atacado a los postmodernos y a las causas políticas post-modernas, desde la plena convicción de que sí había un mal mayor a batir —el capitalismo— y un *bonum* supremo por el que apostar: la sociedad sin clases. Pero esta solución proteica del dilema ético y político de Antígona, en la que todos tienen razón, su razón, nos aleja de la férrea posición contraria a la indefinición postmoderna.

Es cierto que, en cambio, la triple salida a la que se abre la versión resulta más trágica si cabe. Porque, si por un lado se desdramatiza el destino, hagas lo que hagas («la imposibilidad actual de realizar la pura tragedia clásica del destino» (2022: 393) absolutizas equivocadamente un tramo parcial de la realidad política (la libertad personal, la ley de la comunidad, la acción contra ella); por el otro acabas de confirmar la irremediable falibilidad de todas las opciones. Aquí se multiplican los héroes / víctimas de la tragedia, además de Antígona lo son también Creonte y el propio pueblo de Tebas representado por el coro en la solución última, que castiga a la heroína y al gobernante.

6. Conclusiones

Aunque no lo diga explícitamente el autor, cuando leemos estos tres finales de su *Antígona*, recordamos algo que dijera en otro lugar y referido a la cuestión candente de «la fractura o antagonismo que define la condición humana» y su afrontamiento por parte del psicoanálisis y la política. Habría, también, tres salidas: la opción progresista liberal que adopta distancia auto preservante; la segunda sería la opción conservadora que impone un orden férreo en la vida social frente a la negatividad que la habita; y, en tercer lugar, la que denomina «la auténtica política radical... la revolución permanente» (2015: pos 25050).

Son reconocibles o aplicables a los tres finales de su *Antígona*, pero más allá de la posible concomitancia entre estas dos ternas, y para confirmar el sentido trágico, tanto de la concepción de sujeto, como de la ideología y la política, está la aseveración que niega la adjudicación de verdad resolutive de lo trágico para alguna de esas posiciones. Porque se pregunta el autor ¿cuál de estas tres opciones sería la correcta?... ¡la cuarta!: «deberíamos rechazar la presuposición compartida por las tres... La cuestión nos sitúa entonces ante la opción hegeliana por un orden positivo cuya positividad da cuerpo a la negatividad, haciéndola efectiva» ¿cabe más tragicidad que esta positividad de la negatividad? Tanto el sujeto como la ideología nos envuelven en un imposible deseo de solución, de estabilidad y verdad. Para homenajear al buen cineasta que es Žižek, lo podríamos decir con David Lynch en *Mulholland Drive*: «No hay banda, todo es ilusión».

Con Žižek estamos lejos de un cinismo diletante, que él achaca y con razón al pensamiento postmoderno, pues, como filósofo no renuncia nunca

al compromiso social de sus aportaciones, hasta el punto de que dedicará la edición española de *Menos que nada* a la formación política «Podemos», con el deseo de que le fuera bien. Con alusiones que van de la literatura y el cine a los chistes y las anécdotas personales, el contexto político al que siempre nos remite y la fundamentación filosófica que lo catapulta por encima del carácter fragmentario, son de todo menos frívolos y apunta a una seria crítica de la política y las democracias actuales.

Un sujeto intrínsecamente carente y abocado a una imposible plenitud, aunque se la llame goce y deseo, mueve poco a risa y si la provoca, puede que sea más la mueca patética o trágica del absurdo. Una ideología que se constituye internamente como la aspiración de un objeto imposible y, que desde el mismo instante en que se formula ya está siendo ella misma su negación simbólica, inquieta más que enardece. El capitalismo ideológicamente dotado de todas las características de un espejismo difícilmente desenmascarable y la democracia sometida a una permanente distorsión y perversión de los mismos pilares que la sostienen como negación de su horizonte de consecución, tampoco son agradables de gustar.

Todo ello podrá ser objeto de comedia, o de «farsa» como lo denomina en una de sus obras, pues ya se sabe que este género es agrisulce y pone al servicio del realismo más descarnado sus capacidades de diagnóstico y elevación a un plano supra moral, más allá del bien y del mal. Pero, que es trágico, no es una exageración ni una recaída en el «pantragicismo». Las sucesivas derivadas de la obra de nuestro autor así lo van demostrando, tanto en el plano de la ontología del sujeto, como en el de la teoría política. Porque trágicos son el lugar ontológico y el ideal político inhabitables.

Pero, tal vez lo más trágico de la provocadora revisión filosófica y social que nos plantea el autor radica en un plano más existencial que psicoanalítico o político: «La enseñanza de los antagonismos que llevaron al trágico destino del héroe en el drama griego es la retrospectividad inmanente al auténtico sentido de nuestros actos» (2015: pos. 14738). ¡Ay esa «retrospectividad»!, esa condena a la repetición («repetir Lenin..., repetir Hegel...») que es la verdadera y única salida del laberinto del yo sometido a una fractura o herida, a un fracaso conocido de antemano. Pues los conceptos empleados, al socaire del marxismo y el lacanismo, desplazan continuamente el punto de llegada a ninguna parte y, para seguir apostando por ellos, parece ser necesaria esa decisión, ese «acto» que pone de su parte más de lo que pudiera extraerse de una consecuencia lógica con los

principios asumidos: «sólo retrospectivamente a través del cumplimiento del acto, el sujeto deviene consciente de su auténtica dimensión (y de sus motivaciones auténticas para llevarlo a cabo)» (ibid.). Aquí, ya estamos más allá de la culpa y la eticidad que Hegel atribuía a la colisión trágica.

A fuer de lacaniano y querer mantener la distancia entre la fantasía y la realidad, el sujeto y la identidad, la libertad y su realización, el resultado de las ricas especulaciones y comparaciones de nuestro autor podría parecerse en algo a sus odiados postmodernos, al menos en la «belleza del límite» que él reconoce en Antígona, pero que tan bien casa con los que repudian los grandes relatos y las verdades sólidas. Pero, coherente con su rechazo del cinismo y el autoengaño, su propuesta es diametralmente opuesta al pensamiento líquido, ya que aun perdiendo merece la pena apostar hasta el final. Tal vez por eso elabora una Antígona con varios finales para reconocer que ninguno de ellos nos dejará totalmente a salvo de la tragedia.

Bibliografía

- ANTÓN Fernández, ANTONIO J. (2012). *Slavoj Žižek, una introducción*. Madrid: Ediciones Sequitur.
- ARISTÓTELES (2004). *Poética*. Edición de Salvador Mas, Madrid: Ciudad Nueva.
- CANFORA, Luciano (2018⁶). *Storia della letteratura greca*. Roma/Bari: Laterza et figli.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2015). *Revoluciones sin sujeto. Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. Ciudad de México: Ediciones Akal. Ebook obtenido de: <http://www.kobo.com/es/es/ebook/revoluciones-sin-sujeto>
- FELIP LÓPEZ-ESPINOSA, Luis (2013). *El problema de la interpelación: el regreso a Lacan en la teoría postalthusseriana de la ideología (Slavoj Zizek y la escuela Eslovena)*, Tesis doctoral dirigida por Francisco José Martínez Martínez, Madrid, UNED.
- GÓMEZ CAMARENA, C. y AGUILAR ALCALÁ, S. (2020). «Café sin leche, Escuela sin concepto: rasgos, operaciones y lecturas en la Escuela eslovena» *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 23(3), 305-319.
- HEGEL, G. W. F. (1989). *Lecciones sobre la estética*. Madrid: Akal (Traducción: Alfredo Brotons Muñoz).
- KAUFMANN, Walter (1978). *Tragedia y filosofía*. Barcelona: Seix Barral (Traducción: Salvador Oliva).

- LACAN, Jacques (1988). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis 1959 – 1960*. Buenos Aires – Barcelona – México: Paidós (Texto establecido por Jacques-Alain Miller; editor asociado, Juan Granica; traducción de Diana S. Rebinovich).
- LANDAETA, Patricio (2018). «Slavoj Žižek, una filosofía de lo peor», en R. Espinoza Lolas – O. Barroso (eds.), *Žižek reloaded. Políticas de lo radical*. Madrid: Akal. Versión electrónica.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Ed. Siglo XXI.
- LESKY, Albin (2001). *La tragedia griega*. Barcelona: El Acanalado (Traducción de Juan Godó; revisión de Montserrat Camps; presentación de Jaume Pòrtulas).
- LLEVADOT, Laura y REVILLA, Carmen (eds.) (2015). *Interpretando Antígona*. Barcelona: Editorial UOC. Edición digital.
- RAMOS COLÁS, Álvaro (2018). «Sólo un burócrata puede salvarlos. Zizek y la relación entre burocracia y revolución» *Oxímora. Revista internacional de ética y política* 13: 272-288.
- STEINER, George (1987). *Antígonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente*. Barcelona: Gedisa (Traducción de Alberto L. Bixto).
- (2012). *La muerte de la tragedia*. México: FCE - Siruela (Traducción de Enrique Luis Revol).
- SZONDI, Peter (2011). *Teoría del drama moderno (1880-1950). Tentativa sobre lo trágico*. Madrid: Dykinson. (Edición e introducción de Germán Garrido. Traducción de Javier Orduña).
- ŽIŽEK, Slavoj (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós (Traducción de Jorge Piatigorski).
- (2002). *El frágil absoluto o ¿Por qué hay que merece la pena luchar por el legado cristiano?* Valencia: Pretextos.
- (2003). *Sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores (Traducción de Isabel Vericat Núñez).
- (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Madrid: Paidós.
- (2015). *Menos que nada. Hegel y la sombra del materialismo dialéctico*. Madrid: Akal (Traducción de Antonio J. Antón Fernández) Versión Ebook.
- (2016). *Contragolpe absoluto. Para una refundación del materialismo dialéctico*. Madrid: Akal (Traducción de Antonio J. Antón Fernández) Versión Ebook.
- (2017). *Antígona*. Madrid: Akal (Traducción de Francisco López Martín).

— (2022). *Incontinencia del vacío*, Barcelona: Anagrama (Traducción de Damián Alou). Versión Ebook.

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0



Recibido: 02/05/2022

Aceptado: 19/10/2022